LA NOCHE DE TODOS LOS SANTOS

CUENTO QUE NO LO ES

Era el crepúsculo de la tarde del día de la Conmemoración de los difuntos del año de 1876. El encapotado celaje de la extensa llanada de Alaba apenas permitía distinguir en el ambiente la confusa silueta de la torre de X, pueblecito enclavado al nordeste de la ciudad de Vitoria. La luz difusa moría por momentos en el espacio, mientras el viento, agitando furioso el descarnado ramaje de los árboles del bosque, entonaba en ronco zumbido fúnebre canto al día que acababa de fenecer.

Un poquito apartada del resto de las casas de X, que en caprichoso desorden se agrupaban en torno de la iglesia, cual si buscasen amparo á la sombra de la cruz que remataba su esbelta torre; á la misma entrada de un espeso bosque y orilla del río se destacaba una modesta vivienda. Era la casa de Antón, honrado labriego de robusta naturaleza, y que á la sazón contaba unos sesenta años. Antón, en compañía de su mujer Juana, su hijo Jose Mari, sus dos hijas y María, veía deslizarse tranquilamente los días de su existencia.

Amaba con frenesí á esta última á pesar de que ningún lazo de parentesco le unía con ella; pero hija única del mejor amigo que él había tenido sobre la tierra, quedó huérfana y desamparada tres años ha, y el honrado labriego la recogió en el acto, mirándola desde entonces como hermana de sus hijas. María, por su parte, respondió de tal modo al cariño de su bienhechor que todos sus afanes no tenían más objetivo que complacerle.

Desde que Antón se había casado su vivienda fué siempre la mansión de la dicha, que alegraron hasta hacía muy poco sus hijas, con

su bondadoso carácter, y su hijo con su jovial y bullicioso génio: mas desde un año antes del día á que se refiere este relato, el cuadro había cambiado por completo. Dos años hacía que Joṡe Mari, que era el sostén y contento de la casa, diera entre un mar de lágrimas el último abrazo á sus padres y hermanas; al partir para Cuba como soldado, á cuyo punto le designó su suerte para servir á la patria: pues aunque Juana contaba con recursos para redimirlo, y así procuró hacerlo, Antón se opuso tenazmente á los deseos de su mujer: porque como él decía: «mientras baya un insurreto lo primero es acabar con él» y como entonces la guerra ardía en la gran Antilla, no quiso en modo alguno que su hijo quedase en casa.

Joṡe Mari, por su parte, en medio del hondo sentimiento que embargaba su alma, partió para América con un mundo de ilusiones en su cerebro. Sentía un ardiente amor hácia la pobre huérfana, y al calor de su encendida pasión soñaba con heroismos y venturas que habían de asegurarle la posesión del alma virginal de aquella mujer. María á su vez había experimentado extraña inquietud, que sólo mitigaba la presencia de Joṡe Mari; y sin darse cuenta de ello, avivaba el fuego que en su pecho ardía, procurando buscar siempre la compañía de aquél, aunque sus pudorosos labios jamás dejaron traslucir al jóven nada de cuanto sentía. Sólo el día que Joṡe Mari partió para América comprendió la pobre huérfana toda la gravedad de aquel cariño que destrozaba su atribulado corazón. A pesar de todas las tranquilas virtudes de su alma, la lisonjera esperanza del regreso del joven, y las halagüeñas promesas de éste, habían tranquilizado su espíritu más de lo que ella misma pudiera figurarse. Por esto en casa de Antón habían vivido desde la partida de Joṡe Mari, si no con la expansión y alegría de mejores tiempos, al menos con la tranquila conformidad del cristiano viejo y la lisonjera esperanza de más felices días.

Mas he aquí que desde un año antes al suceso que voy á referir, la inquietud al principio, y el desconsuelo después, se habían apoderado de todos los moradores de aquella vivienda. Ellos, que en todos los correos que de Cuba llegaban recibían carta de Joṡe Mari, dejaron de repente de recibirla. El desmayo que engendra el cariño hizo que pusiesen en juego cuantos medios les sugeria su buen deseo para saber, de él; pero todo fué en vano. Llegaba un correo, y otro, y otro más, y cada uno de estos era una amarga decepción para todos. Un día ¡día

fatal! llegó imprudentemente á sus oídos un rumor terrible. Se dijo que la compañia del regimiento en que Jose Mari servía había sido copada por los insurrectos, quienes habían macheteado uno á uno á todos los individuos que la formaban. En el más amargo desconsuelo Juana y María y Antón y todos corrieron á los centros oficiales á cerciorarse de lo ocurrido, y la fria realidad vino á revelarles todo lo horrible de su situación. Constaba oficialmente que la compañia había sido sorprendida y todos sus individuos macheteados. Jose Mari había desaparecido para siempre.

Desde entonces la casa del labriego cambió por completo. En los macilentos rostros de todos, y muy especialmente de Juana y María, bien se reflejaba el acerbo dolor que encadenaba sus almas. Antón, recordando su tenaz empeño de no haber querido redimir á su hijo se creía el culpable de las amarguras de todos; por más que Juana cuidó muy mucho de no inculparle jamás.

La noche de la Conmemoración de los difuntos estaban los de la casa, acompañados de otros vecinos, sentados en la cocina al rededor del espacioso fogón bajo, en que ardían con alegre llama unos amontonados troncos de encina. Hablaban los hombres de la escasez de la última cosecha y las mujeres del sermón que aquella tarde había predicado el señor cura, cuando en el reloj de la iglesia sonaron las siete. En aquél momento todos se levantaron y descubrieron. Antón sacó del bolsillo de su chaqueta un rosario de gruesas cuentas, y santiguándose y volviendo á sentarse, comenzó el rezo á que los demás contestaban. Cuando hubieron llegado á la letanía, las campanas del templo empezaron á doblar. A los primeros ecos de sus fúnebres tañidos, Juana lanzó un hondo suspiro, y María tuvo que reprimirse mucho pata que el llanto no corriera por sus mejillas. Antón continuaba con voz grave su plegaria á que los demás contestaban con acompasada monótonía, á la vez que las campanas seguían dejando oir cien veces, una tras otra, lúgubres ecos, que cual tristes ayes de los muertos se mezclaban con los roncos bramidos del viento para perderse en el confín de la campiña.

Antón, una vez que hubo concluido las oraciones de rúbrica, añadió:

—Un Padre nuestro por el alma de....

En este instante su lengua quedó fuertemente atenazada, sin poder concluir la frase: Juana dejó escapar un penetrante quejido, y Ma-

ría, rompiendo á llorar tuvo necesidad de incorporarse. Los demás se miraron con temor, y un momento después ni el más leve respiro se percibía en la estancia. Poco después Antón con temblorosa voz prosiguió:

—Padre nuestro que estás en los cielos, etc.

Los demás contestaron como antes, y en el recinto volvió á reinar la apacible quietud un momento turbada por aquella explosión del dolor.

Concluido que hubieron el rezo, la huérfana se levantó á poner la mesa para la familia y los vecinos que les habian acompañado á rezar, y no eran otros que Domingo, su mujer y sus hijos. Juana se acercó al fogón á cuidar de que estuvieran en su punto las clásicas castañas, que se cocían llenando un enorme puchero: Antón aproximó una ascua á su pipa, que acababa de atascar de tabaco de hebra mientras las campanas seguían doblando, y Domingo, deseando distraer á todos, dijo con tan buena intención como poca oportunidad:

—Para estas horas ya andarán las ánimas por las tapias del cementerio, esperando á ver si pasa alguno para llamarle.

Antón echó una mirada á su vecino para indicarle que callase, pero Domingo, interpretando en la advertencia que el labriego dudaba de sus palabras, añadió:

—¡Qué! ¿No lo crees? pues yo te digo que es verdad, porque yo mismo lo he visto otras veces con estos ojos.

—Pues el señor cura-contestó la hija de Antón—cuando nos enseña la doctrina nos dice que es pecado creer en eso.

—Pues el señor cura no está enterado de lo que hacen las ánimas —siguió Domingo algo amostazado.—Si viviera como yo cerca del Campo Santo, no hablaría así; pero como vive lejos....

—Y diga usted, señor Domingo,—añadió la pequeña—¿para qué salen?

—Pues mira;—contestó Domingo acomodándose mejor en su silla y con la énfasis propia del que todo presume saberlo.—Todos los años la noche de los Santos las ánimas en pena salen de las sepulturas y andan por todo al rededor del cementerio, y en cuanto ven á alguno se van detrás de él á decirles que les celebren misas para que salgan del purgatorio. Y yo mismo las he visto muchas veces: y vienen por el aire: y van ardiendo: y ¡quién sabe si esta noche el alma de!...

Un terrible golpe que sonó en la puerta de la casa ahogó la voz

de Domingo, que, estremecido, no pudo menos de levantarse á la vez que todos hicieron lo propio. Los tañidos de las campanas; el fantástico relato de Domingo, y el recuerdo de Jose Mari, habían puesto sus espíritus en excitable tensión, que el inesperado golpe hizo subir de punto. Todos, pues, quedaron mirándose en temeroso silencio, cuando un segundo golpe, más fuerte aún que el primero, volvió á sonar. Antón, después de vacilar un momento, hizo seña á María para que cogiera la luz y le siguiese, y se dirigió á abrir la puerta: y los demás, temerosos de quedarse á oscuras en aquellos momentos, se fueron trás él. El labriego llegó hasta la puerta, quitó una enorme tranca de madera que la sujetaba por dentro, y abrió. Un hombre de elevada estatura, cuyo rostro no permitía ver el embozo de la larga capa que le envolvía, apareció en la puerta.

Antón miró de hito en hito al recien llegado, que por entonces ni desplegó suslabios, ni avanzaba un paso más. Las hijas del labriego miraban tímidas á Domingo, quien impresionado y receloso se iba retirando poco á poco hácia atrás, sin quitar un instante la vista del recien llegado, y murmurando entre dientes:

—¡Cuando decía yo que esta noche...!

Por fin el dueño de la casa dirigiéndose al desconocido, le pre guntó en tono brusco:

—¿Qué se os ofrece?

Este por única contestación dió dos pasos hácia adelante, lo cual hizo que las chicas, asustadas, escaparan tras de Domingo que corría gritando: *¡Una ánima! ¡una ánima!,* mientras que Antón, cortando el paso al desconocido le dijo:

—Vive Dios que no daréis un paso más!

Entonces el recien llegado, tirando á los lados la capa y dejando ver el brillante uniforme del ejército Español que vestía, se arrojó en los brazos de Juana diciendo:

—¡Madre mía! ¡madre mía!

Al eco de aquella voz y gritando «¡Jose Mari! ¡Jose Mari!» corrieron todos á estrecharlo entre sus brazos, al par que María, colorada como una amapola y aturdida, dejó caer la luz dejando á todos á oscuras, lo cual en verdad no vino mal á la huérfana, pues mientras escapó á encenderla, pudo sin ser observada dar rienda suelta á la explosión de alegría que la embargaba.

Jose Mari abrazado á Juana y rodeado de todos penetró en la coci-

na, donde entre un diluvio de preguntas examinaron uno por uno el uniforme que vestía, excepción hecha de María, que al primer golpe de vista se había hecho cargo de todo.

En brevísimo rato la casa de Antón había cambiado por completo de aspecto, sucediendo á la lúgubre melancolía la expansión y la algazara; y por voto unánime Joṡe Mari presidió la mesa, teniendo á su frente al buen Domingo, quien á las irónicas chanzonetas de unos y otros contestaba, mirando picarescamente á María, que él tenía razón en lo de que las ánimas venían aquella noche; pues Joṡe Mari, á quien todos suponian ánima, no sólo había llegado en cuerpo y alma, sino que por lo que él sospechaba, venía á sacar otra ánima del purgatorio. La huérfana, al oir á Domingo, quería mostrarse enfadada, pero sus hermosos ojos azules le hacían traición y concluía por sonreirse.

Durante la cena Joṡe Mari contó á todos su inesperada aparición. Por él supieron que cuando la compañía de su Regimiento fué sorprendida, Joṡe Mari era sargento de la misma: que en la heróica lucha de esta con los filibusteros él quedó tan mal herido que hubieron de dejarlo por muerto: que al amanecer de aquella terrible noche, volvió en sí, y al querer incorporarse exánime y desarmado, un grupo de mambises se echó sobre él haciéndole prisionero; que después de muchos sufrimientos, y gracias á la intervención y cuidados de la hija de un cabecilla que se había compadecido de él, pudo llegar á curarse: que undía en que una columna española asomó á la vista de donde ellos estaban, en un esfuerzo desesperado se avalanzó sobre un mambís, y arrancándole el machete que éste llevaba echó á correr hácia los suyos; que apercibidos los filibusteros, mandaron en su persecución dos ginetes, y como estos al fin pudieron darle alcance, tuvo necesidad de batirse con ellos logrando derribarlos y pudo llegar hasta la tropa española: y que por fin el Gobierno, en vista de su comportamiento, le había concedido el empleo de Teniente y la cruz laureada de San Fernando, mandándole á la península para atender á la completa curación de sus heridas.

Todos oyeron el interesante relato entre lágrimas de pena y alegría, sin que nadie se acordara de poner término á la sobremesa hasta muy entrada la media noche.

Joṡe Mari no se había olvidado de su fe ni de su amor. A la mañana siguiente depositaba al pie de la Virgen que se venera en la iglesia del pueblo el machete al que debió su salvación; y cuatro meses

más tarde el bondadoso párroco de X unía en santo lazo á la huérfana María con el entonces Teniente Jose Mari, y hoy bizarro Coronel que al frente de un Regimiento lucha denodadamente en Cuba por la integridad de la patria.

MANUEL DÍAZ DE ARCAYA.

Zaragoza, 28 de Octubre de 1896.

Noticias bibliográficas y literarias

Trabajos inéditos de Santiago de Bela.— La Sociedad de Ciencias, Letras y Artes de Pau, que preside el distinguido arqueólogo Monsieur Adrien Planté, ha prestado otro nuevo y señalado servicio á la literatura euskara, publicando en su Boletín, bajo el título de *Santiago de Bela.—Biografía.—Extracto de sus obras inéditas,* un notable trabajo de Mr. G. Clement-Simón que ocupa 126 páginas de su notable Revista.

El doctor Santiago de Bela, señor de Othegain y de Mounes, Baylío Real en La Soule, fué un verdadero filósofo y misantropo al mismo tiempo, á quien sólo entusiasmaban el ejercicio de la caridad y las investigaciones históricas y filológicas.

Era uno de los magistrados más eruditos del Mediodía de Francia, de á principios y mediados del siglo XVII, pero más que publicista un recopilador de datos, noticias y documentos que luego todo lo consignaba en sendos cuadernos que cuidadosamente guardaba en su biblioteca. ¡Lástima de manía!

Nació en Mauleon en 1586 y murió 1667, desempeñando gran papel en su país natal durante las guerras de la Reforma.

Debido á su especial manera de cultivar la literatura, su nombre no ocupa hoy entre los bascófilos el lugar que le corresponde en justicia.

Entre los trabajos inéditos de Santiago de Bela hay de todo: historia, filosofía, teología, filología, ciencias, legislación, etc., pero para